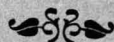


AGUSTIN YAÑEZ



LA BODA DE DON QUIJOTE



Al tercer día en la madrugada despertó Alonso Quijano con sensación de alivio. Llevó las manos a la frente, a las mejillas, del cuello al pecho, comprobando que habían desaparecido la calentura y el sudor, latía con sosiego el corazón, respiraba sin dificultad, tampoco le dolía la cabeza; sólo experimentaba una gran sed. Quiso gritar, llamar al ama, pedir agua, comunicar su sensación de hallarse aliviado. Alguien roncaba entre tinieblas, estrepitosamente. Afuera cantaban los gallos y había ruidos inconfundibles de alborada. Prefirió esperar. Una y varias veces pestañó, bostezó, recorrió con las manos el cuerpo, con la reseca lengua el paladar. No había duda: desaparecía la enfermedad. Los ronquidos comenzaron a dolerle: parecían de Sancho, pero podrían ser a lo peor del ama y aun de Antonia; de quien fueran, ¡qué modo de velar a un moribundo!; menos malo que sean de Sancho ¡el pobre: tan montaraz! Tanto como de agua sintió ansia de luz. En el corral relinchó Rocinante. Una oleada de ternura invadió al postrado. El alegre relincho era el saludo de la vida. Después de todo, quién sabe cuántos días habrían pasado en vela, tenían derecho a roncar, estarían rendidos. Afuera lo esperaba el cuidado de su hacienda, los trabajos tanto tiempo abandonados. ¡Los trabajos! Regresar tras de haber hecho el ánimo de morir. Era como resucitar. ¿Se alegrarían, como Rocinante, la sobrina, el ama, Sancho, los demás amigos? Recordó que se había confesado y había hecho testamento; que lo habían santoliado. Era resucitar de entre los muertos. Los ronquidos proseguían con tenacidad. Un acceso de cólera, propio de su carácter, acabó de convencerlo: estaba vivo y sano, le ardía la sangre como antes, le dolía el ingrato abandono de sus familiares. Las tinieblas lo hicieron pensar en la tumba, en



Grabados de Gustavo Doré

los que vuelven en sí dentro de la tumba, enterrados vivos. Pudieron sepultarlo precipitadamente, al fin había hecho ya testamento. Si como eran movimientos en la cama, bostezos, carraspeos y emisiones guturales las que hacía desde que despertó, fueran estertores de agonizante, seguiría roncando el dormido. ¿Por qué tardaba la claridad? Extendió las manos a la cabecera: sí, reconoció que se hallaba en su lecho, trató de orientarse dentro de su cuarto: aquí ha de caer la ventana, enfrente la puerta, el arcón de la ropa, los libros y papeles; más acá la mesa, que las mujeres limpiaron para recibir al Viático, revolviendo y escondiendo las cosas que allí había; quiso adivinar qué muebles habrían removido, a dónde hubieran colocado su sillón predilecto; el ansia de luz fue mayor que la sed; la más tenue claridad le ayudaría en el redescubrimiento de objetos que formaban parte de su vida; sabría quién era el roncador impertérrito. Y cuando al fin la claridad comenzó a filtrarse por las rendijas y oyó el canto de pájaros mañaneros, tuvo nuevo acceso de irritación: cómo nadie venía a ver si había salido la noche con vida; ni la luz ni los ruidos acababan con el roncar del que suponía que lo cuidaba.

Dio entonces un grito más fuerte que las voces prorrumpidas al salir del sueño el día que cayó enfermo:

—¡Ama! —el grito hueco resonó en las paredes. Apresuradamente cesaron los ronquidos y se oyó que al incorporarse y venir al lecho caía un cuerpo:

—Qué, qué, señor —era la voz angustiada de Sancho.

Adormiladas, a medio vestir, acudieron la sobrina y el ama.

—Estoy de alivio.

Mientras encendieron la luz, mientras el ama se acercó a tocar la frente y las manos del enfermo, se mantenían en la duda los tres espectadores (— *Delira. —El alivio de la muerte. —De la mano a la boca se va la sopa.*)

—Bien habría podido morirme sin que se dieran cuenta.

—Tres días con sus noches teníamos sin pegar los ojos —dijo el ama.

—El cura, el bachiller, las demás amistades hicieron que nos turnáramos anoche — dijo Antonia.

—Pescado que se duerme se lo lleva la corriente — dijo Sancho.

Quijano a grandes voces dijo que se moría de sed. Cuando apuró la jarra completa dijo que se moría de hambre, mentó el palomino, el plato de lentejas, el salpicón, la olla de algo más vaca que carnero. Sancho, el ama y la sobrina se convencieron de que iba de alivio; a una sintieron decepción, por el ánimo hecho a la muerte del deudo y los preparativos completos de lo que cada uno separadamente había pensado hacer en el trance, desde los grandes lloros hasta la representación de desmayos, cuando lo amortajaran, lo tendieran, lo velaran, lo sacaran a la iglesia, lo enterrarán. La confusión estalló en exclamaciones de alegría, en alabanzas a Dios por el milagro, dándose los tres el “quién vive” por ser más expresivos en sus demostraciones. El ama corrió a la cocina a prepararle alimento; Sancho a las casas de vecinos y amigos para enterarlos del milagro; Antonia permaneció con Quijano por si algo se le ofrecía. La luz de la mañana, los alegres relinchos de Rocinante llenaban la alcoba.

Vecinos y amigos acudieron prestos a la novedad, cura, barbero y bachiller a la cabeza, divididas las opiniones acerca del que daban por muerto y hasta testamento había hecho. El más cariacontecido era Miguel de Cervantes, alias el manco. El manco de Lepanto.

Rápida la convalecencia. —Qué buena la naturaleza de Quijano —decía el barbero. —Efecto de las asoleadas, de andar al aire libre buscando aventuras —afirmaba el bachiller.

Los contrariados, cada días más, eran los presuntos herederos, y otro tanto, por los propósitos que tuvieron, los nombrados albaceas. Bien que los planes de Antonia, limitados por el testamento, al fin la hicieran alegrarse.

De allí a poco, Alonso comenzó a inquietarse al recordar las palabras de Sancho el día del desahucio: —No se muera vuesa merced... porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más... vámonos al campo... quizá tras alguna mata hallaremos a la señora Dulcinea desencantada, que no haya más que ver... el que es vencido hoy, ser puede vencedor mañana.

—Ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño —las palabras del buen caballero eran repetidas con tosudez de refrán por Sancho, cuando Quijano dio en la obsesión de acordarse y nombrar a Aldonza Lorenzo.

—Qué nueva locura es ésta —prorrumpió el cura cuando Alonso le confió la pretensión de casarse: — peor será que la primera.

Y como entre otras razones el feligrés habló de sentirse obligado a reparar los ludibrios inferidos a Aldonza tantas veces como a troche y moche la proclamó Dulcinea, el tonsurado exclamó, sin contener la risa:

—Eso sí es bueno ¡morrocotudo! Conque Dulcinea era esa muchacha del Toboso? ¡La sin par Dulcinea! ¡Pistonudo! Debí haberlo pensado, pues ahora recuerdo el tiempo en que vuesa merced anduvo enamorado de la interfecta.

Refrenó Quijano el enojo que las burlas y vulgaridades del clérigo le provocaban; con firmeza persistió en la carga de razonamientos, apeló a las Escrituras, trajo a cuento las exigencias de la naturaleza que deben ser satisfechas conforme a derecho divino y humano, dedujo la conveniencia personal y para su hacienda, como para sus deudos mismos, de atraer a la casa, con las gracias del sacramento matrimonial, el cuidado amoroso, laborioso, de una mujer como Aldonza; se quejó, en fin, del desapego en que habían incurrido la sobrina y el ama, desde que permitieron la destrucción por igual de sus libros y lo menospreciaron por loco, hasta el abandono en que lo habían dejado la mañana de su alivio. Contrarreplicaba el cura, enumerando los inconvenientes de un matrimonio a la edad y en las condiciones de Quijano, las diferencias que lo separaban de Aldonza: no la menor, sus diversos gustos y educación, la injusticia que cometía con sobrina y ama, la situación en que las colocaría, los quebraderos de cabeza que sobrevendrían, hasta llegar presumiblemente al engaño y los desengaños.

Nada valieron argumentos ni augurios, burlas ni amonestaciones del cura, ni los que sucedieron del bachiller, del barbero y otros vecinos que se franqueaban con Quijano, a medida que



fue haciéndose público el asunto. Tampoco valieron los aspavientos, amenazas, malos modos, llores, ruegos y rezos de sobrina y ama, enfurruñadas como basiliscos desde que Dios amanecía hasta que anochecía, un día sí, otro también, lo cual encaprichó más al enamorado.

Como Sancho volviera con aquello de los nidos de antaño, los pájaros de hogaño, Alonso lo encaró:

—Tú también, mi fiel y servicial Sancho, me sales con sentencias infundadas y tratas de arredrarme con pronósticos; tú, cuyas palabras me volvieron a la memoria deleitosa de la que fue buena parte de mi heroica locura; tú, que al sentir lo irremediable de mi muerte me incitaste a ir al campo en su busca, y encendiste mi sangre con la ilusión de hallarla, y remetiste su imagen dentro de mi carne con la frase prometedora: “Estará que no haya más que ver.” Y ahora sales con otro cantar. No me decepciones. Tú no eres ni trates de parecerte al cura, al bachiller ni al barbero. Para mí vales más que todos juntos con Antonia y el ama. Lo que has de hacer es ponerte de mi lado y ayudarme en el trance de mi honesta pretensión, por lo cual no te arrepentirás, como nunca te has arrepentido de servirme, pues lo principal falta y es conocer lo que la dueña de mis pensamientos piense de ellos; la dificultad está en mi natural tímido para estas empresas pudibundas, cuanto más que no dejo de considerar los efectos contrarios de mi edad, carácter, hábitos, y los que pudieran acarrearle las locuras en que anduve metido, para estorbar que Aldonza corresponda mis sentimientos, temerosa de comprometerse con un viejo que acaso no haya recobrado la razón por completo; y aun cuando ella de su cuenta no lo pensara, cerca tendrá gentes malvadas que se lo digan y repitan, ahuyentando con burlas y reflexiones lo que de grado aceptara. Vas viendo cuán difícil es el caso, que a veces tengo por callejón sin salida, bien que mi conciencia me haga perseverar en su conveniencia. Sólo tú podrás sacarme del atolladero. Comenzando porque me siento incapaz de hacer conocer por mí mismo a la dama mis propósitos, ni encuentro modo siquiera de acercármele, por más vueltas que le doy, planes que devano, ni arbitrios que imagino. Ésta es la situación apurada en que se halla el amigo al que sacaste tantas veces con bien de lances que no pueden ser más aflictivos comparados con el presente.

Sancho se rascó la oreja. Picó el anzuelo de la vanidad en demostrar su astucia, deparada también la ocasión de dar la contra al cura, al bachiller, al barbero, a la sobrina y al ama, cuya ojeriza lo tenía resentido. El discurso de su amo, por otra parte, le había gustado, recordándole los felices días de sus andanzas y desafíos a la ventura.

—Harto veo —dijo con resolución— que a vuesa merced no se le cuece el pan ya no digo en el alma sino en el cuerpo, y es justo dar a la naturaleza lo que con derecho reclama, cuantimás que entre santo y santa pared de calicanto, por lo que fue instituido el santo sacramento del yugo, como panal de rica miel que atrae a los que se hallan afuera, y atrapa y empalaga a los que han caído en él, y pues en cuestión de gustos cada uno es rey de los suyos, diga cada uno lo que quisiere, y si vuesa merced ha pesado su voluntad, haga oídos de mercader, porque nadie sabe lo que carga el sayo sino el que lo lleva, ni

nadie tienda más la pierna de cuanto fuere larga la sábana, y en esa orden de santa Clara: dos cabezas en una almohada, más valen mañas que fuerzas; el que lengua tiene a Roma llega, y cuando a Roma fueres haz lo que vieres; digo: que en esto de arreglar casorio hay que seguir los usos; no haya cuidado vuesa merced, que yo sabré desempeñarme a pedir de boca, porque si es verdad que velo y mortaja del cielo baja, no lo es menos que en casa llena presto se guisa la cena, lo mismo que donde se piensa que hay tocinos no hay estacas, y quien destaja no baraja, pues a quién le dan pan que lllore, o mesa puesta y cama hecha; eso sí: dádivas quebrantan peñas, y las mujeres son las primeras en meter el buen día en casa, y más aprisa si el día va corrido y sienten el apuro del quedarse a vestir santos, que son entonces capaces de agarrarse de un clavo ardiendo y aun de comer lumbré; el hombre es fuego, la mujer estopa, llega el diablo y sopla, digo: el diablo que las mujeres llevan dentro, cuando se les quema el alma en el cuerpo sabiendo que la estopa se les seca. . .

—Entre tanta palabrería —lo atajó Quijano con impaciencia—, sospecho insinuaciones deshonestas, que repugnan a mi recta intención, aunque no he de negarte que la retahíla de tus refranes me han hecho sonar los halagos de la esperanza; en buen romance dime si cuento contigo, y déjate de rodeos y de términos sibilinos.

—Aladinos o lo que sea, ya se lo dije, y a entendedor ladino pocas palabras bastan. Déjeme hacer y en menos que canta un gallo se verán sus pretensiones cumplidas; ni le preocupen lenguas de maldicientes, porque ya lo dijeron en presencia nuestra, que atarlas es querer poner puertas al campo, ni nunca se le dará gusto a la gente, según lo enseña el cuento del hombre, el burro y el niño, que por conocido lo excuso; así se dice: pon lo tuyo en concejo: unos dirán que es blanco y otros que es negro; tampoco se fatigue imaginando el efecto que a la hija de Lorenzo puedan causarle las pasadas hazañas de caballería, que yo le respondo de trocar en cañas las lanzas, porque o nada sé de puntillos femeninos, o no hay mujer que resista serlo de hombre que anda de boca en boca, sea por temerarias aventuras, por agudeza de ingenio, por hacienda cierta o presumida, y por cualquier otro título de renombre, que todas quisieran ser conocidas por él, y con más fuerza las que viven alejadas de la fama y nada han hecho por merecerla y compartirla; no se diga la fama derivada de la locura heroica, que rompe los más duros corazones de mujer, y más cuando se han cometido esas locuras en su obsequio y por su causa. Pierda cuidado, mi señor don Alonso, sin que se le tuesten las habas.

—Dios te oiga —suspiró el bueno de Quijano.



Para no alargar la historia, tras de idas, venidas, rodeos, evasivas, argucias, condiciones, contestaciones, Aldonza y sus parientes convinieron en la boda, lo que de cuenta de la fémina hubiera sido más rápido, pues anduvo acertado Sancho en apuntar al blanco de la impaciencia que no quiere resignarse a la soltería, cuando ésta va pareciendo irremisible; más trabajo costó al socarrón desbaratar la resistencia opuesta a la locura de su amo, y hacer entender a la Lorenzo el significado de Dul-



cinea, tan halagüeño para ella; bien que Sancho tampoco tuvo escrúpulos para infiltrar las ventajas de manejar la hacienda de un loco, que sobre bueno, era crédulo, además de viejo, esperanza —esto último— de pronta herencia, que había facilitado el consentimiento de los Lorenzo; éstos temían sobre todo la tacañería del viejo, y apuraron providencias para prevenirla. Quedó revocado el testamento hecho *in articulo mortis*, y constituida por el novio —tras de regateos— una dote suculenta.

Convencidos de que no tenía remedio el capricho del vecino, cura y bachiller acabaron por ayudarlo en las negociaciones.

—Ándeles pues, mi señor feligrés, puesto que se amacha en que esa mula es mía aunque se tumba, éntrele a saber lo que es abrazar a fuerzas—. Cura y bachiller cumplieron la formalidad de pedir la mano de la labradora, hija de labradores, rehusándose a ser acompañados por Sancho, cuyos oficios de tercero lo tenían excomulgado feamente por el vecindario.

En vísperas de la presentación eclesiástica —y ésa sería la ocasión en que por vez primera se verían frente a frente Alonso y Aldonza, no venciada sino acrecentada la timidez del pretendiente—, un tropiezo pudo dar al traste con los arreglos.

Lleno de misterios y con aire compungido llegó un día Sancho enredando refranes e historias confusas de malandrines, envidias, venganzas, entuertos, ruindades, inocencias empañadas por las fuerzas que permanecen incólumes, noblezas de ánimo comprensivo, extraños designios de la suerte, pruebas de corazones esforzados... todo en maraña de rodeos, de reticencias, los maliciosos ojos en acecho, saltando del temor a la risa forzada, en guardia, celando las impresiones en la cara del viejo, que acabó por impacientarse y exigir que Sancho hablara claro; el marrullero fingió hacerlo, su rara inquietud se acentuó, sin bajar de los montes de Ubeda; rascándose nerviosamente, disparó el petardazo: que la doncella no lo era y sí lo era, lo primero porque había sido forzada por un malhechor desconocido que la asaltó en el campo, de noche, y lo segundo porque había sido sin su voluntad y sin escándalo que menoscabara su honra pública: pero que su conciencia la obligaba a confesárselo, dejándolo en plena libertad, y que sería ella la que se atribuyera la culpa de arrepentirse de la boda, caso que Alonso quisiera desbaratarla; en fin, que hubiera ella querido no confiar su secreto sino al que la pretendía, pero como éste no daba ocasión de hablar, había tenido necesidad, eso sí: bajo juramento de sepultarlo en una tumba —y Sancho se besaba los dedos de ambas manos en cruz, repetida, nerviosamente— de decirle la verdad, aunque ni se sentía culpable, ni su alma tenía manilla.

Quijano se quedó de una pieza, pálido, con mueca de terror. No se atrevía Sancho a socorrerlo, acercándose; lo que hizo fue volver al enredo de su verborrea refranera, tratando de alentarle, de consolarlo. El viejo lo calló con brusco ademán.

—¿Y has jurado en lo más hondo de tu corazón?

—En lo más hondísimo, por estas crucecitas santas —el rústico volvió a besarse muchas veces los dedos en cruz, comprendiendo que la dureza del golpe dejaba intacta la obsesión del viejo por casarse.

—¿Como si estuvieras en presencia de Dios y comprometieras tu salvación eterna? Óyelo bien, Sancho: tu condenación

eterna.

—Por esta lengua que se habrán de comer los gusanos.

—Vuélveme a jurar el secreto; pero no a mí, sino a Dios eterno, en mi presencia, constituido yo en su brazo secular para castigar la sombra más leve de perjurio, ¿lo entiendes? ¿Entiendes a lo que con mi furia te expones?

—¡Que si no voy a saberlo! Si no más de ver a vuesa merced en estos momentos me tiembla el cuerpo y hasta el ánima, recordándolo en sus fieras acometidas contra enemigos realmente poderosos, de dar miedo al más pintado, ¿qué no haría con un pobre más cobarde que liebre? No habrá necesidad, porque yo soy de los que se les juega el cuero, y bien probado lo tengo, que hasta vuesa merced lo dijo: “al buen callar llaman Sancho”; y bien sabido me tengo que en boca cerrada no entra mosca, lo que no impide, antes viene al caso que le repita sus buenas palabras aquella vez que salimos del castillo ducal: “cuando se pone la mira en la hermosura del alma y no en la del cuerpo”...

—¡Bien dicho te tengo, y bien prohibido que nunca recuerdes cosa ninguna de mis pasadas demencias, ni escabullas el bulto al juramento.

—¿Se puede jurar dos veces sin cometer pecado?

—Mil, con mil demonios, que me colmas la paciencia.

—Mil veces juraré, aunque me duela la poca confianza que no he logrado granjearle sirviéndole tanto tiempo en tan duras condiciones.

—Pues has de jurar, bellaco.

Sancho no quiso tirar más la cuerda, por mucho que le doliera el calificativo. Juró con aspavientos. Y aunque de antemano sabía la resolución de su amo, le rogó que lo pensara bien, tomándose todo el tiempo necesario, y que lo dispensara de llevar la respuesta en asunto tan delicado y personal.

Doce horas luchó el hidalgo entre afectos encontrados, agonía que no lo dejó conciliar el sueño; habló solo toda la noche; sintió que volvía la locura, el infierno, repasando las confusas, disparatadas circunstancias que Sancho le había dado del suceso, aunque todas iban a parar a una situación irreparable, contra la que se estrellaban por un lado sus convicciones, por otro sus deseos más y más encabritados.

Mandó llamar a Sancho; entre retóricas y quejas contra la fortuna le pidió que obtuviera de Aldonza juramento de que nadie más conocía ni conocería nunca jamás la vergüenza confesada; le ordenó que no respondiera de su parte *sí o no* con palabras, que se contentara en todo caso con darle a entender en forma equívoca el haber cumplido el encargo, y nada más; lo estrechó para saber mayores detalles del entuerto, con avidez de pormenores que lo hicieran sufrir; sin decirlo expresamente, pero en forma menos vaga que ayer, Sancho dio a entender que podría sospecharse hubiera sido venganza de algún enemigo de los muchos en que cebó sus justas iras el caballero andante, y que siendo incapaz de tomar desquite directo buscó el modo más infame y que hiriera en lo vivo a su antagonista, dándose a indagar quién fuera la dama de sus pensamientos y asaltándola en despojado, a oscuras y a mansalva, de lo cual se desprendería cierta responsabilidad al que por sus hechos era causa indirecta del desaguisado; no, no estaba puesto en claro:



la noche como boca de lobo, el rufián embozado, fortachón, puso pies en polvorosa tan luego logró su villanía, sin que antes ni después hubiera soltado alguna voz o signo por donde se le reconociera, ni a la muchacha le valiera el acopio de fuerzas, gritos, mordidas, arañazos con que trató de defenderse. Quijano era esto lo que preguntaba con mayor insistencia, siendo como la muchacha era moza garrida, con fama de aventajar a los hombres en lo hercúleo. Sancho se ingeniaba en explicar lo desigual de la lucha; en remachar la idea de que al fin de cuentas el antiguo don Quijote, con sus intemperancias, era el culpable, y debería reparar el secreto daño, así como el que había causado trayendo de boca en boca, de burla en burla, el nombre y la honra de Dulcinea, pues los mal pensados, que son los más, no aceptaban que no hubiera pasado con ella lo que a Oriana con Amadís. En vano don Alonso manoteó, se le llenó la boca de improperios y bilis, hizo intento de arremeter contra el antiguo escudero.

—Arréglese allá con su buena conciencia. Yo no quito ni pongo rey —dijo Sancho, poniéndose a salvo.

Cuando comenzó a recobrar la calma, Quijano insistió en saber si alguna huella de placer, de tentación e insatisfacción, o de cualquier otro género habría dejado el lance, porque al fin Aldonza era mujer.

Envalentonado por la senil pasión de que su amo daba muestras, el criado se atrevió a aconsejarle que o cortara por lo sano desbaratando lo hecho, como la misma Lorenzo proponía, o no se metiera a escudriñar escondrijos —“Mejor no menealle.”

Quijano se replegó en obtener el juramento de Aldonza y en hacerse prometer que Sancho no le daría contestación abierta, cosas que ofreció el tercero, superponiendo el índice al anular de la diestra, disimuladamente.

El dolido Alonso volvió al cura con las martilladas razones de sentirse obligado a reparar los agravios que hubiera podido infligir a la hija de Alonso convirtiéndola en Dulcinea; el cura lo interrumpió:

—No disfrace de deber sus concupiscencias, tratando de ocultarlas, ¿a quién puede hacer tonto? El que por su gusto es buey hasta la coyunta lame.

No se dio por ofendido el feligrés con la grosería, sino que aparentó resignación, queriendo explorar lo que por secreto de confesión pudiera saber su interlocutor, con impertinente riesgo de meterlo en sospechas; nada obtuvo, lo cual sirvió al caviloso de apoyo a la ilusión de que no fuera cierto lo dicho por Sancho, a quien le pesaría la infamia, o en verdad Aldonza lo tenía tan en secreto y no se sentía culpable, que ni al tribunal de la confesión remitió el caso, pensamiento al que se aferró su tranquilidad.



Corridas las amonestaciones, que don Alonso no quiso excusar, esperanzado y a la vez temeroso de que algún inconveniente fuera denunciado, llegó el día de la boda.

Una de las contrariedades del novio fue la renuencia de don Miguel de Cervantes a servir de testigo, ni asistir al acto. Cura y bachiller afirmaron que obró así por el enfado de no haberse

cumplido la muerte de don Quijote, que daba por hecha; pero sobre todo por la vulgaridad en que caía el héroe de sus rapso-dias, dando al traste con tantas y tan peregrinas invenciones, entre las cuales, lo más deplorable resultaba la figura veraz y los modales de la que había ensalzado como sin par Dulcinea.

Si esto fue suposición de Pero Pérez, que así se llamaba el cura, en Alonso Quijano fue impresión que se impuso a deseos e ilusiones, tan súbita e irreparablemente como había reconocido sus locuras al recobrar el juicio. Más que pensarlo, sintió: —*con que ésta es la materia de que salió el devaneo de Dulcinea*. Luchó y quiso persistir en defenderse de lo que apareció como sensación en el curso de formalidades y ceremonias, provocada por las posturas y los ademanes, por la trasminación, por la voz, por la calidez húmeda de la mano, por el choque de lo esperado con lo hallado en la persona real de Aldonza Lorenzo, campesina e hija de campesinos. —*Pudiera ser —pensó— efecto pasajero de ignorancia, de aturdimiento, de falta de costumbre.*

A la sensación se oponía, muy desde inconfensadas honduras, la imaginación de los misterios prometidos, excitada por los prodigos contornos del cuerpo, su aparente dureza, el ardor contenido de la mirada, el pudor o el recelo ariscos de la novia.

Cierto que a Quijano el bueno le impedían fijar sus pensamientos las miradas entre curiosas, maliciosas, compadecidas de los circunstantes, que de pronto le recordaron con sentido nuevo aquellas de que fue objeto en los pasados lances de sus caballerías; los ojos en cerco repetían el juicio entonces no comprendido: —“Está loco.” Tan ahora no lo estaba, que su coraje no arremetía contra los impertinentes.

En la iglesia del Toboso, como lo exige la costumbre, por ser residencia de la novia, fue la velación a hora temprana. Los Lorenzo de ningún modo quisieron dispensar comelitona y fiesta, claro que a costillas del pariente nuevo, pues otra cosa sería caer en tijeras de habladores, lo cual prolongó el suplicio del novio, que no hallaba cómo zurcir pláticas, contestar pullas, enfrentar miradas, acercarse a la novia, mover las manos, pasear los ojos, discurrir entre invitados y añadidos.

Particularmente le molestaba el proceder de Aldonza, cariacontecida y muda cuando se le acercaba, mientras parlanchina y risueña con los demás. Le molestaban las bachillerías intencionadas de Sansón Carrasco y las cuchufletas disfrazadas de sentencia que disparaba el licenciado Pero Pérez; la cara de rayos ni un momento alterada de sobrina y ama; el aire de mandones omnipotentes de todos los Lorenzo, hasta los más alejados; las cazarreías estrepitosas de Sancho y el barbero; lo entrometido de Teresa Panza. En resumidas cuentas: todo, y a medida del tiempo y del vino, que corría generosamente, derrumbando compuertas a la vulgaridad. Toda grosería tuvo asiento en el comelitón. Rabias tragaba el novio, hasta olvidársele cuánto habría de costarle al fin el ajeno hartazgo.

Curiosidad y socarronerías que lo mortificaban rayaron en insolencias. Aldonza se hallaba despeinada. Quijano quiso marcharse; no hallando energías para cortar en seco el holgorio, acudió a Sancho; éste simuló diligencia, fue de la novia, los suegros y cuñados al bachiller y al cura; regresó con cara de com-



punción y tartamudeo de borracho: que la cosa comenzaría mal con un aguafiestas, que la paciencia era virtud cardinal de casados, que los Lorenzo tomaban a mal y no consentían en que Aldonza se marchara porque parecería correr a los invitados, que otra cosa sería si él escapaba, pues los demás entenderían y lo seguirían; que cura y bachiller abundaban en la misma opinión, y aun alegaban Escrituras del Antiguo Testamento —“el caso de una señora Sara”— en apoyo de añeja tradición manchega conforme a la cual queda la novia unos días en casa de sus padres, al cabo de los tales la mandan éstos a la del novio.

—Voto a los tales—gruñó congestionado Alonso—, que voy a hacer aquí, en mis cabales, lo que con el retablo de maese Pedro.

Lo dijo, pero entre dientes y sin proceder, actitud que hizo deplorar a Sancho dentro de su colete: —“Pobre de mi amo, bien dicen que dice el cura que Cervantes dijo que más le valiera haberse muerto porque así nadie le quitara la fama de valiente y esforzado.”

En eso llegaron el cura, el suegro y el bachiller, con que si quería irse lo acompañaría el cura, que la buena costumbre como la piadosa tradición prescribían que la desposada quedara en casa y otra cosa sería traer en lenguas la honestidad de Aldonza, como el respeto de la parentela; que digno y santo era el designio de la muchacha para pasar en oración esa noche; que a la tarde siguiente sería conducida por su padre a la casa del esposo. Porfió Quijano, acudió la suegra, intervinieron otros vecinos, hubo amenazas de borrar lo hecho pues el matrimonio no se hallaba consumado, fulminaron anatemas contra la impaciente concupiscencia que tanto desdecía la honestidad quijotesca; fue ponderada la ejemplaridad que a cien leguas a la redonda y a tiempos venideros daría Quijano el bueno si esa noche, a solas, entregábase a la oración y penitencia como su devota mujer. —“Mayores pruebas de ánimo heroicamente cristiano tiene dadas a la posteridad vuesa merced”—prorrumpió con zalama el bachiller.

Quijano el bueno se batió en retirada. Dentro de su colete, Sancho persistía en dolerse: —“Bien dicen que dice el cura que Cervantes dijo”...



—En esto veo la grandeza de mi locura: en haber hecho a Dulcinea de tan vulgar barro, colmándola de delicadezas.

En pocos días el ánimo del recién casado fue llenándose de resabios y resentimientos, como cielo de invierno en tarde tempestuosa o río de verano cuya creciente rejunta y arrastra leguas de inmundicias. El ánimo y el cuerpo, los desabrimientos auestas.

—¿Esta es por la que di tantas fieras batallas, obligando a tuertos y ciegos a que confesaran su belleza, y ahora no puedo dar contra ella, la peor enemiga de Dulcinea?

Sensaciones a recuerdos, impresiones a desengaños acumulaban lastre. Como en sueños iba recordando la ilusionada fábrica de Dulcinea, comparándola paso a paso con el descubrimiento de Aldonza Lorenzo, antes del tacto, en el tacto y después del tacto. Su llegada entre parientes, aparentemente ver-

gonzosa, sumisa, con diabólicos destellos en las pupilas, el reto en la inercia y el mutismo, la falta de ternura de una vez a solas, la falta de ternura, de iniciativa; el contemplarla mustia, derrumbada en una silla, la más vulgar postura, las piernas abiertas, los pies en decúbito, infamante imagen de la dejadez, aire de víctima indefensa, de oveja vendida, que no puede rebelarse contra el postor, ni gritar, ni revolverse; piedra insensible a las palabras cariñosas, hostil al esbozado ademán de caricias, a las torpezas del esposo virgen, al contenido ímpetu del caballero andante, al frágil desbordamiento del idealista; persistente dureza del alma en contraste con la fofa blandura de la carne, imaginada resistente; ríspida la imaginada voz meliflua, traída como instrumento de rechazo; áspero el cutis, torvo el mirar defensivo, rudo el modo de no dejarse llegar, tocar, de parecer no escuchar, no entender, disgustarse por estar allí, tensa, sorda, interminable situación sin principio ni fin.

—¿Es éste aquel espejo de toda perfección, cuyo desconocimiento era injuria para mí, e incentivo de ira?

Sobremamente le dolía que las consideraciones de vencer con paciencia y prudencia le quitaran arrestos para obrar conforme a los impulsos de su sangre y enojo. Desconocía en sí al varón belicoso, poco antes incapaz de soportar sombra de afrenta u oposición.

—¿Es verdaderamente prudencia o efecto de la enfermedad que me ha debilitado en cuerpo y alma? Si me hubiera impuesto desde el primer momento. Ahora es más cuesta arriba, cada día, cada vez más.

La mano en alto, lleno de violencia, quedaba paralizada en el instante de pegar o estrujar. La boca espumosa no conseguía estallar en voces de impropio.

Del reto de miradas, mutismos e inercias, la recién casada pasó al de rezongos; de la no resistencia desquiciante, a la franca resistencia exacerbante de palabras y obras. Vulgares, malas palabras. Vulgares, mezquinos actos.

—En ella toda vulgaridad tiene su asiento y todo ruin propósito hace su habitación. Bien dicen los que llaman cárcel al matrimonio, y más con mujer vulgar, en quien se agigantan las mil vulgaridades del vivir diario en intimidad. Aldonza es la vulgaridad misma.

Como al despertar, lo cercaban las imágenes de la vida flameante, detalle a detalle. Al bochorno —sin palabras, sí, sin explicaciones— de la consumación marital —absurdamente difícil, terriblemente vulgar—, había sucedido el rápido, despreocupado roncar de la mujer, a plomo despeñada en el sueño, mientras la desesperación del insomnio se apoderaba del desengañado; ni los ronquidos, con igualarse a los de Sancho, lo sacaban de quicio como la facilidad, tranquilidad y pesadez con que tras la evidencia vergonzosa se había dormido la cónyuge, sin siquiera esperar a que la luz fuese apagada, insensible a la castidad abatida del esposo, a la desolación en que lo sumía sin palabras, ni muda ternura, o comprensión, o siquiera compadecimiento, insensiblemente desplomada como piedra, tendida como tronco; el desolado escarbaba su insomnio, se hacía mala sangre, repasando mallugaduras, heridas; de parte a parte le traspasaba la reciente, cada vez más punzante seguridad —a pesar de su



casta ignorancia—, la maligna evidencia de que Aldonza no había sido sólo víctima de pasado atropello, sino también partícipe del placer animal, según lo delataron en el acto los ojos, los procedimientos, las reacciones del cuerpo, el estertor y estremecimiento lascivos; a pesar de su inexperiencia, el insomne iba descubriendo rasgos impúdicos, huellas perversas, certidumbres afrentosas, vulgaridades nuevas; prorrumpió en gran mugido, alzó el puño, el pie, para despertar, castigar, vengar a la dormida; impulso más poderoso lo contuvo, lo hizo dirigir contra sí mismo las manos empuñadas, golpearse, mesarse, iracundo contra su propia debilidad para dar sobre la enajenada por el sueño, sobre sus ronquidos insoportables. La del alba sería cuando el marido salió de la alcoba, paseó su desesperación bajo las estrellas, condujo al corral su soledad en busca del fiel Rocinante, a quien hizo confidente. —Ve no más por qué cosa anduvimos buscando pleito e inventando enemigos —fue diciendo con voz quebrada, pasando la mano sobre los magros contornos del jamelgo. Ya el sol en las bardas, el marido volvió a la alcoba; sin haber cambiado de postura, la mujer seguía roncando. —Por lo menos la creí madrugadora.



El mismo día, las esperadas dificultades con Antonia y el ama. Su hostil, recepción a la “destripaterrones”, como dieron en llamarla, sin recato cual ninguno. Su cerrada impertinencia. Su obcecación en irrumpir, en interrumpir el primer encuentro a solas de los recién casados. La necia insistencia de malas caras, dengues, rezongos, ausencias, indirectas directísimas. La cara de burlas a la mañana siguiente de la noche nupcial. Su huelga en la cocina y en los menesteres domésticos, haciendo el vacío a la intrusa, rehuyéndola con insolencia.

Como antes no se animó a prevenir las acerca del nuevo trato que regiría con la presencia de la señora, ni menos a demandarles ponderación, temeroso de agravar la crisis, ahora el buen Alonso no les fue a la mano en sus desacatos, por miedo a precipitar explosiones mayores, como por la turbación que lo enajenaba.

Primero con aparente pasividad, pero con ojos de basilisco, la Lorenzo afrontó los estafermos de sobrina y ama; pronto, la mañana misma de iniciar faenas caseras, comenzó la contraofensiva de groserías, que de gestos, pullas y malas razones hasta llegar a vías de hecho, convertiría la casa en manicomio e infierno de histerismo.

Un día bastó para que desapareciera la buena traza con que la novia se había presentado a la boda y había venido al domicilio conyugal: no nada del otro mundo; pero dentro de su condición aldeana, limpio el rostro, peinados los cabellos, cuidada la ropa, puestas las medias, el calzado en estreno, discretos los adornos y colores. Bien que Quijano se pagara poco de galas externas, lo descontentó la mudanza, por donde vino a descubrir que Aldonza era sucia, descuidada, y que lo era por indolencia y falta de buenos hábitos.

Tras éste, se sucedieron otros descubrimientos: tampoco tenía gusto por cocinar, y era reducido, rudimentario lo que sabía disponer: puchero simple, carne asada, fritangas a lo que saliere,

legumbres en sancocho, sin importarle que la comida resultara desabrida o salada, cruda o quemada, ni si al servirla estaba fría o insoportablemente caliente; probaba en el cucharón o metiendo los dedos en las viandas; llenaba sin pulcritud las vasijas y las ponía en la mesa sin cuidar de que no mancharan al hacerlas rebosar o por movimientos bruscos; no le pasaba por la cabeza que hubiera variedad culinaria o que fuese agradable, si no el adorno, por lo menos la limpieza en los menesteres del yantar; parecía igualar a todos en su carencia personal de asco; semanas transcurrían sin que cambiara manteles, toallas, ropa de cama; la muda de ropa interior era semanal no por gusto ni necesidad, sino por costumbre, como la de bañarse por San Juan y el Sábado de Gloria, o la de peinarse los domingos y fiestas de guardar. Carecía de conversación; pero le fluían las palabras para el chisme y el pleito, sin poder para callarla, convertida en basilisco. Antojadiza, groseramente golosa. Le gustaban faenas rudas de hombres: amansar potros, levantar pesos, partir leña, cargar fardos, conducir yuntas, podar árboles, ordeñar, aparejar acémilas, escardar, cosechar, aventar el trigo, trasquilar ovejas, dar vueltas al molino de piedra, sacar agua del pozo, tirar piedras a los pájaros en sementeras y huertas. Forzada, infatigable. Zafia. Cicatera en compras y pagos. Astuta en sus conveniencias elementales, marrullera.

Ama y sobrina ponían el grito en el cielo ante cada nueva alteración del orden; como el amo se contentaba con encoger los hombros, alzar las cejas y cerrar los párpados, sacudir las manos en puño, pasear a zancadas, ama y sobrina apelaban a los vecinos y transeúntes, contaban en la calle y en la plaza, de puerta en puerta, los desacatos de la *fulana*. Poco hacía falta, pues la pícara curiosidad había puesto cerco a la casa desde la llegada de Aldonza.

Lo que comenzó siendo fuente de chistes acabó por atizar los antiguos rencores del pueblo contra los vecinos del Toboso. Se generalizaron los desaires a la Lorenzo; los chicos le sacaban la lengua y le gritaban majaderías; las mujeres le negaban el saludo y cuchicheaban secretos a su paso; los hombres, los viejos la miraban con burla desdeñosa o con salacidad.

La mujer se quejó con su marido y le anunció que si por cobardía la desamparaba, ella sabría escarmentar a quienes la hostilizaran, comenzando con el ama y la sobrina; que si era necesario llamaría en su auxilio a sus parientes y vecinos del Toboso, cuya ojeriza estaba pidiendo cualquier ocasión de gresca.

Quijano al fin estalla, vocifera. Eso sí no: ni cobarde, ni mal caballero, y menos aún que su mujer, con todo, sí, su mujer, lo diga; pudo tolerárselo a la sobrina y al ama, trastornadas por celos; pudo tolerárselo a sí mismo, las veces que dudó si era cobarde o prudencia, por evitar mayores males, por sobrellevar el noviciado matrimonial; pero a Dulcinea, no, mal que se haya convertido en labradora zafia, mal que haya resultado falsa doncella. Comoquiera que sea, su mujer es: no permitirá que nadie le falte, no se lo permitirá ni a Antonia ni al ama.

—Si es ella la que a sí misma se falta, la que no se respeta ni se da a respetar —más que réplica de ama y sobrina lo es del propio marido a solas con su conciencia.

—Ni los Lorenzo, ni nadie del Toboso tienen que intervenir



en asuntos que sólo a mí me incumben y en los que pondré remedio; les pesará si se atreven a entrometerse; tendrán que sentir quién soy.

Ante todo es caballero. A tuertas o a derechas defiende a su mujer, le concede la razón frente a los demás, aunque íntimamente se la niegue y lo hagan sufrir las trastadas de Aldonza, cada día más insolente.



Desde los primeros desencantos, desde la turbia noche de bodas, en la postración sucesiva de tropiezos, desconciertos y derrotas conyugales, flotó el ideal de convertir a Aldonza en Dulcinea, convicto esta vez de la ominosa realidad.

La paciencia indispensable al fin era lo que todos —Aldonza, Cervantes mismo— tenían por cobardía; lo que al propio Quijano —en momentos de abatimiento— parecía recaer en locura.

Domesticar la fuerza cerril, dar con la veta de la bonanza, que a ninguna criatura falta, bien que la escoria oculte la elemental aptitud de nobleza humana; el ángel soterrado en la bestia.

Persistencia del ideal o la locura, mas ahora sobre aviso: el evidente, continuo testimonio de la miseria marital; el desvanecimiento fulminante de las ilusiones amorosas; el choque brutal, repetido, sostenido, agravado, cultivado en las espesas nimiedades de la convivencia, las contrariedades y destemplanzas, la invasión del desorden, el polvo, la suciedad material y moral, el escándalo perpetuo. Varón de ideales o loco reincidente ante la certidumbre de habérselas con vil naturaleza, hembra obcecada, filosa, intocable. (Don Miguel de Cervantes lo repetía: —“La nueva locura es peor que la primera.”) Idealista o demente —todo uno y lo mismo—, alquimista inicuamente vejado al rostro por los lodos desbordados en los que pretendía infundir luz.

No lo ilusionaba el apetito de felicidad, ni el orden hogareño, ni la jactancia varonil de dominio, ni el disfrute o siquiera la muda contemplación de la belleza; ni esperaba el agradecimiento de la villana transformada en señora; quería sólo cumplir una misión a la que de lo alto se le había llamado por misterioso vericuerdo de concupiscencias: el conferir a Aldonza su dignidad personal con el diseño de Dulcinea.

Ni a Sancho confió la aventura. Ni la entenderían, sino la estorbarían. Resueltamente solo echóse a cuestras la tarea de buenas palabras y ejemplos, de lecturas y comedimientos con que imaginaba labrar la imagen y semejanza de Dulcinea en la naturaleza de Aldonza, entre rezongos, voces destempladas y riñas.

No lo desalentaban desatenciones, impertinentes interrupciones, bostezos ni que la boba se quedara dormida en la conversación o la lectura; ni lo impacientaban la rebeldía de los hábitos, la persistencia ni la recaída en modales y omisiones contra los que particularmente se dirigía el esfuerzo educativo.

El desorden, el polvo, la incuria material y moral seguían devorando a la casa. La devoraban los pleitos insufribles de las féminas, que habían llegado a las manos. Antonia y el ama gritaban su resolución de marcharse de aquel muladar en que la cochina había convertido la casa, donde todo antes era orden y limpieza.

En el estruendo del escándalo, cuando parecía que se derrumbaba todo, llegó la tentación de fingirse loco y marcharse. La resistió.

Resistió la muda invitación en los ojillos punzantes de Sancho, que amagaban desde la boda, inútilmente, las confidencias y quejas del amo, entre curiosos y compadecidos; parecían decirle otra vez: —“La mayor locura es dejarse morir sin más ni más a manos de la melancolía o de la desesperación; vámonos al campo, quizá tras de alguna mata hallaremos otra Dulcinea de veras.” Y el idealista le contestaba dentro del corazón: —“No, ya no saldré fuera: lo que busco está en mí o en parte alguna: ni me daré por derrotado en la noble misión de convertir a Aldonza en Dulcinea.” Sancho acaso gruñiría: —“Esta demencia sí que no hay quien se la cure.”

Vencida la nueva tentación, redobló esfuerzos para proseguir la difícil aventura. Se le impuso en la conciencia, después de atormentada lucha interior, la necesidad de sacrificar al ama y a la sobrina, a las que puso casa aparte. Su salida pareció el día del juicio. El pueblo entero tomó parte y denostó al que de ingrato no bajaban y cuya estupidez ensalzaban. Inútil sacrificio. Inútil soledad la que siguió en la casona y en el alma del hidalgo.

Aldonza se envalentonó; exigió que Sancho fuese también despedido y que los Lorenzo y sus amigos tuvieran libre acceso en la heredad.

—Bien, mujer, bien; pero en cambio has de prestar atención a esta lectura y reflexionar en ella.

El caballero había dado con *La perfecta casada* y tenía fe de que su doctrina iniciaría la esperada transformación. Recordaba unas palabras que Sancho le dijo alguna vez: “Las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen a dar buenos frutos”, y si esto lo refería el buen hombre a la conversación de Quijano, ¿qué no habrían de obrar las irrefutables razones de Fray Luis, comunicadas en tan buenas palabras? Pero éstas entraban por una oreja de Aldonza y le salían por la otra. Persistía el hidalgo leyendo en voz alta, repitiendo pasajes que sobre adecuados al caso le parecían de sublime estilo. Enfadábase la mujer, se iba dejándolo con las palabras en la boca o se quedaba sin más dormida como piedra.

—Estoy harta de sermones y regañadas. Ultimadamente, si no te cuadra como soy, lárgate y déjame en paz. Yo ni nunca quería casarme con un maniático loco, y eso que no conocía tus historias que han venido contándome vecinos compadecidos; y ora vienes saliéndome con la demencia de convertir en reina a una pobre, pero honrada destripaterones. Lárgate mucho a la vida airada con tu Sancho, y déjame respirar a mis anchas.

Llegaron los parientes de la mujer; ésta dio de gritos afirmando que había sido golpeada por el viejo, sobre el cual dieron aquéllos a palos, expulsándolo de la casa.

No podía dar crédito el tundido al suceso, ni menos imaginaba que la expulsión sería definitiva e inapelable. En el aturdimiento moral de la paliza, discurrió acudir a don Miguel de Cervantes para tratarle no el agravio padecido, sino la conversión de Aldonza en Dulcinea, que sólo el buen vecino podría obrar, según de pronto se le ocurrió al cuitado.